

Dora y el jardín

Dora tenía ocho años. De pequeña le encantaba ayudar a sus padres a realizar las labores del hogar, como poner la mesa o barrer después de la cena. Le gustaba animar a los demás mediante sonrisas y una alegre disposición. Una de sus actividades preferidas era hacer feliz a su hermanito, Darren, al jugar y cantar con él. Muchos la felicitaban por su cordialidad y le decían cuánto disfrutaban de su compañía.

Pero al hacerse mayor perdió su buen humor. No sabía por qué. Ya no disfrutaba haciendo reír a su hermanito. Tampoco tenía ganas de ayudar a sus padres con las tareas domésticas. Ni siquiera tenía interés en limpiar lo que ensuciaba. La pobre Dora no se sentía tan feliz como antes, y no sabía por qué.

Cierta noche, Dora se echó a llorar. Quería volver a ser una niña amable y feliz. En ese momento le pareció escuchar una voz diciendo: *¡Ora! Jesús puede ayudarte.*

La pequeña se sentó en la cama y encendió su lamparita de noche. Pero el cuarto estaba vacío. Debió ser su imaginación. Volvió a acostarse un poco sorprendida.

Tan pronto cerró los ojos, volvió a escuchar la misma voz: *Anímate a orar. Jesús te responderá.*

Dora se levantó de un salto.

—¿Quién eres? —preguntó—. ¿Me estás tomando el pelo?

Sin embargo, el cuarto estaba vacío. No había nada fuera de lo ordinario. Dora intentó en vano reconocer el origen de aquella misteriosa voz. Extrañada, volvió a recostarse. *A lo mejor debería obedecer lo que me dice la voz. Podría intentar orar.*



Había pasado mucho tiempo desde la última vez que Dora había orado por su cuenta. Antes le encantaba acurrucarse en la camita y hablar con Jesús como si se tratara de su mejor amigo. Pero el tiempo había pasado. Al recordarlo, echó de menos el consuelo que obtenía al hablar con Jesús.

De pronto sintió la apremiante necesidad de hablar con alguien que la entendiese. Necesitaba que alguien le explicara lo que estaba pasando y que la ayudara. Necesitaba a su mejor amigo. Necesitaba a Jesús. Empezó a orar.

—Querido Jesús, te necesito. Por favor ayúdame a entender por qué me siento tan triste. Jesús, por favor...

Una cálida sensación recorrió su cuerpo. Los ojos se le empezaron a cerrar solos.

Poco después, Dora se encontró en un jardín. La pequeña valla que lo rodeaba empezaba a desmoronarse. En los senderos y las calzadas abundaba la maleza. Era obvio que nadie había cuidado el jardín desde hacía mucho tiempo. Dora se preguntó:

—¿Por qué nadie arregla este jardín?

—Eso es lo que me gustaría saber —respondió una alegre voz a sus espaldas.

Dora se dio la vuelta, pero no había nadie allí. Miró a uno y otro lado, cuando la voz volvió a decir:

—Pero tú deberías saber por qué. ¡Este es tu jardín!

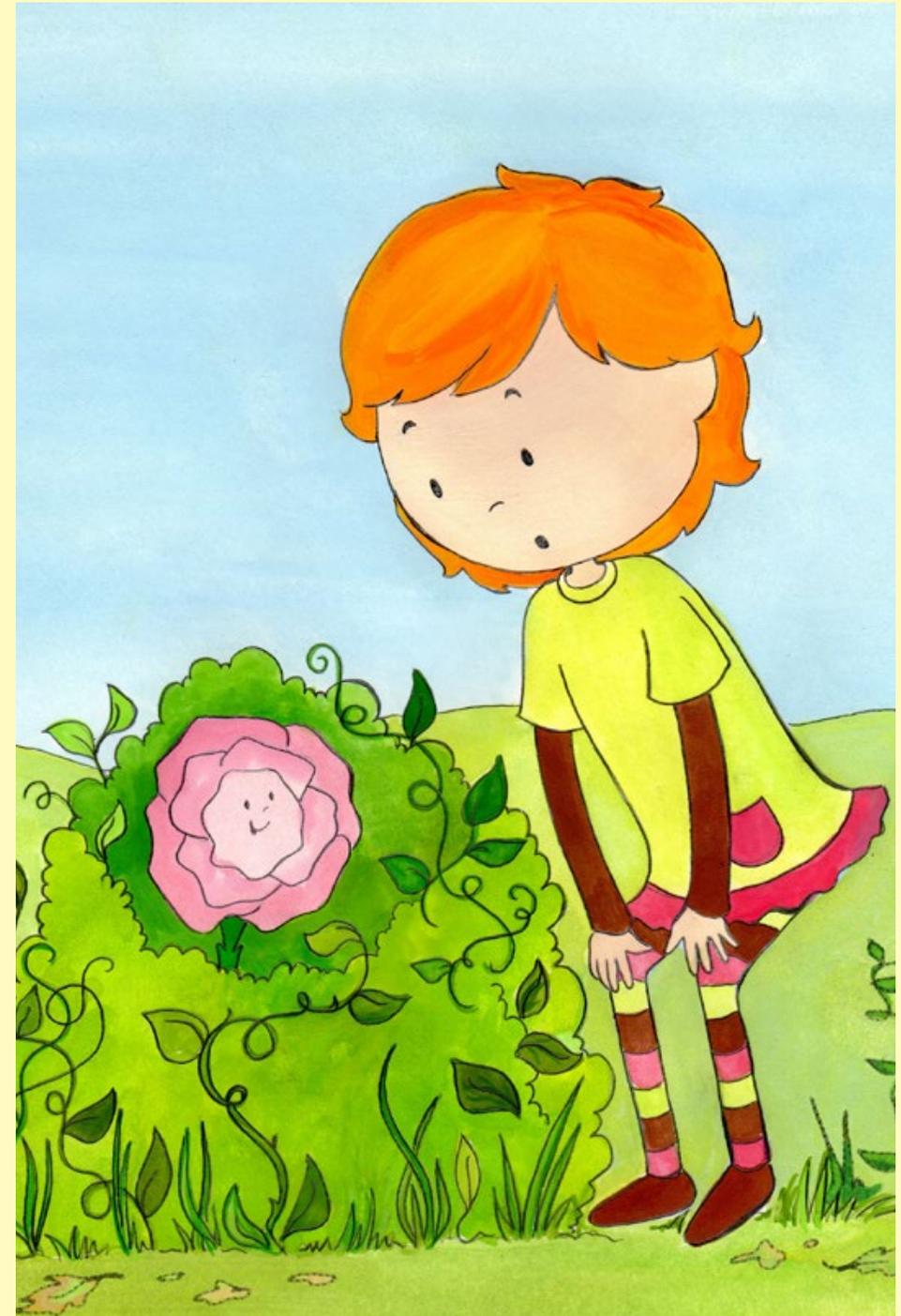
Dora miró en la dirección de donde provenía la voz, pero no vio a nadie.

—¿Quién está ahí? —preguntó—. ¿Dónde te escondes?

—No me estoy escondiendo —respondió la voz—. Estoy aquí abajo, enfrente tuyo.

La pequeña bajó la mirada y vio una rosa que sobresalía entre los hierbajos del jardín. *La rosa no me está hablando... ¿o sí?* Se agachó para verla mejor. Al hacerlo se dio cuenta que la florecilla tenía una alegre sonrisa y que la miraba directamente.

—No te preocupes —exclamó la rosa—. Estás soñando. En los sueños todo es posible.



Dora se quedó sin palabras por unos momentos, pero luego se armó de valor para preguntar:

—¿Estoy soñando? Todo parece tan real.

—En ocasiones, los sueños son un reflejo de la realidad —respondió la rosa—. A lo mejor por eso te parece tan real.

—Ya veo —comentó Dora—. Recordó que la rosa había dicho que este era su jardín y que era su trabajo cuidarlo.

—Este jardín debió ser muy hermoso antes —añadió. Esperaba que la rosa le hablara más del tema.

—Así es —asintió la rosa—. ¡Era una maravilla! Las mamás traían a sus hijos a jugar y los abuelos se sentaban en los bancos para disfrutar la hermosa vista de los pequeños jugando entre las flores. Los colibríes y las abejas recolectaban el dulce néctar, mientras que mariposas revoloteaban por doquier. Había geranios, margaritas, crisantemos, azaleas y rosas de todos los tamaños y colores. Los transeúntes se detenían a oler el delicado perfume del jardín.

El semblante de la rosa se volvió triste. A Dora le pareció ver una lágrima resbalando entre sus pétalos.

—Pero ahora nadie quiere venir. La mayoría de las flores murieron... y pronto yo también moriré.

Los descoloridos pétalos de la pobre rosa se inclinaron aún más. Dora se alarmó.

—¡No! ¡No! —exclamó—. Te ayudaré. Por favor, dime qué puedo hacer para ayudar.

La rosa levantó la vista aliviada.

—Para empezar, necesito que arranques la maleza a mi alrededor —dijo la rosa—. Los hierbajos acaparan la tierra y roban la nutrición y la humedad que necesito.

—Por supuesto que sí —respondió Dora.

Agarró unos hierbajos y tiró con toda su fuerza. Pero al mirar lo que había arrancado, se dio cuenta que solo tenía un par de hojas y un tallo.

—No, así no —observó la rosa pacientemente—. Es preciso tomar el tallo cerca del suelo. Si no se arrancan de raíz vuelven a crecer.

Dora volvió a intentarlo. Tomó el tallo desde la raíz y tiró con todas sus fuerzas. Esta vez sacó una maleza grande y fea desde la raíz. Pero entonces ocurrió algo extraño: en el momento que sacó la maleza del suelo, sintió un pinchazo.

—¡Au! —exclamó.

Volvió a agacharse para arrancar otro manojito de hierbas. Nuevamente sacó la maleza desde la raíz, y una vez más sintió un pinchazo.

—¡Au! —gritó otra vez.

Al cabo de un momento apretó los dientes y tomó con ambas manos un manojo aún más grande de hierbas. Esa vez jaló tan fuerte que se cayó de espaldas al sacar las raíces del suelo.

—Me duele —exclamó.

La rosa la observaba en silencio. Dora le dirigió una mirada extraña y adolorida, como diciendo: *¿Qué está pasando? Pensé que estaba haciendo lo correcto.*

La rosa le devolvió una mirada comprensiva.

—Debes entender que en ocasiones cuesta hacer lo correcto. Se requiere esfuerzo para retirar las malezas del jardín. En ocasiones duele un poco. Pero no te preocupes. Te alegrarás al ver lo bonito que estará el jardín después.

En ese momento, un rayo de luz atravesó las nubes e iluminó el rostro de Dora. La pequeña cerró los ojos, y al abrirlos se encontró de vuelta en su cama.

—Hora de levantarse, dormilona —exclamó su mamá alegremente—. Te quedaste dormida. ¡El desayuno está servido!

En el colegio, Dora no podía evitar pensar en el jardín y la conversación que tuvo con la rosa. Deseaba volver para ayudar a las demás flores.

¿Pero cómo? Había sido solo un sueño. ¿O no? En ese momento volvió a escuchar la voz que le había hablado la noche anterior. *¿Por qué no le preguntas a Jesús? Él te*

ayudará a entenderlo.

Por supuesto, pensó Dora. Eso haré.

Aquella noche Dora sorprendió a su mamá preparándose para la cama media hora antes.

—Por lo general no tienes tantas ganas de acostarte —observó la mamá, dándole un beso en la frente.

—Esta noche quiero acostarme temprano, mamá. ¡Buenas noches!

— ¿Te sientes bien?

—Estoy bien. Solo quiero pasar un rato hablando con Jesús antes de quedarme dormida —dijo, mientras abrazaba a su madre y le daba un enorme beso. Luego se metió debajo de las sábanas.

—Buenas noches, mi amor. Me alegra escucharte decir eso y verte tan feliz —exclamó la mamá de Dora al despedirse.

Dora apagó la luz y empezó a orar.

—Querido Jesús, me gustaría saber más sobre el jardín y la rosa. Por favor, explícamelo.

A lo mejor el sueño está relacionado con la pregunta que le hice a Jesús antes de quedarme dormida, pensó Dora. Me pregunto si es la respuesta al motivo por el que me he sentido tan triste últimamente.

—Querido Jesús —oró Dora—, por favor ayúdame a entender la relación entre el sueño y mi pregunta.

En ese momento la misteriosa voz volvió a resonar en su cabeza. *El jardín es el jardín de tu corazón...el jardín de tu corazón... el jardín de...* Las palabras se convirtieron en un murmullo y Dora se quedó profundamente dormida. Se alegró muchísimo de encontrarse de vuelta en el jardín.

Ahora descubriré todos los misterios que esconde este jardín, pensó emocionada. Las palabras que escuchó antes de quedarse dormida volvieron a su mente. *¿Este es el jardín de mi corazón? Le parecía muy extraño. Debo preguntarle a la rosa.*

Corrió al rosal y exclamó:

—¿Qué significa que este es el jardín de mi corazón? Debo saberlo.

—Hola, Dora —la saludó la rosa—. Qué bueno volver a verte. ¿Cómo estás?

—Estoy bien, gracias —contestó Dora con impaciencia—. La rosa permaneció en silencio. Dora se dio cuenta de que ni siquiera la había saludado.

—Lo lamento. He irrumpido aquí con rudeza, ¿verdad? Estaba ansiosa por descubrir más sobre este jardín. Discúlpame por no saludarte. ¿Cómo estás hoy?

—Me siento mucho mejor desde que arrancaste los hierbajos a mi alrededor —respondió la rosa.



—¿Puedes hablarme más del jardín, por favor?

—Dijiste *por favor*. Muy bien. Veo que estás aprendiendo —sonrió la rosa—. Te hablaré encantada sobre el jardín.

Dora se sentó en un banco de madera cerca del rosal y miró a la rosa con expectación.

—Te sentías muy triste —empezó la rosa— y le preguntaste a Jesús el motivo, ¿verdad?

Dora asintió.

—Jesús te permitió venir para que vieras el estado del jardín de tu corazón —explicó la rosa—. Estás descubriendo lo que debes corregir en tu vida. Ello también hará que los demás sientan ganas de estar contigo otra vez.

Las palabras de la rosa encendieron una luz en la mente de Dora.

—¿Quieres decir que si limpio mi jardín los demás sentirán ganas de pasar tiempo conmigo, como antes?

La rosa sonrió:

—Empiezas a entender. Las hierbas que sacaste anoche fueron una buena manera de empezar. Tu mamá estaba muy contenta cuando no te quejaste a la hora de acostarte. Le gustó mucho el beso que le diste de buenas noches.

Dora tenía otra pregunta que no entendía.

—Pero, ¿por qué sentí dolor al sacar las malezas?

—¿Te diste cuenta que al sacar las malas hierbas una parte de la tierra salía con ellas? —contestó la rosa.

Dora asintió.

—De la misma manera, en ocasiones cuesta arrancar las malas hierbas de tu vida.

—Me parece que empiezo a entenderlo —reflexionó Dora—. De manera que las malezas son...

—...los pensamientos desamorados y las actitudes egoístas, por ejemplo —interrumpió la rosa—. A medida que procures corregir esos pensamientos y hábitos, verás cómo desaparece la maleza y tu jardín vuelve a ser hermoso.

Dora miró a su alrededor y se desanimó un poco al verlo en tal mal estado.

—Oh no —exclamó—. ¿Cómo podré lograrlo? Hay tanto por hacer que me tomará una eternidad.

—Vamos. No tienes que hacerlo todo sola —la consoló la rosa—. Puedes pedirle a tu Mejor Amigo...



¡Ring! ¡Ring! Dora despertó sobresaltada y apagó la alarma. Sacudió la cabeza para despejar la mente. *Ya lo recuerdo. Estaba en el jardín... Tenía que hacer algo. A ver... tenía que limpiar el jardín y arrancar la maleza. ¿Pero cómo...?*

Recordó las palabras de la rosa sobre su Mejor Amigo. *Supongo que eso significa que debo pedirle ayuda a Jesús.* Se decidió a orar: *Jesús, por favor ayúdame hoy a limpiar mi jardín. Dame la motivación para animar y cuidar a quienes me rodean.*

Tan pronto terminó de orar, se le ocurrió que debía hacer su cama y ordenar el cuarto. En vez de esperar que su mamá se lo recordara (y muchas veces ni siquiera lo hacía aunque se lo recordara). Pero en esta ocasión, se puso manos a la obra de inmediato. Pronto el cuarto estaba impecable. Justo a tiempo: su mamá estaba subiendo las escaleras.

—Apresúrate, Dora. Te quedarás sin tiempo para desayunar a menos que...

No terminó la frase. Estaba tan sorprendida al ver el cuarto ordenado que se detuvo en seco, con la boca abierta.

—Qué maravilla. Has ordenado tu cuarto. Es increíble... quiero decir, fabuloso —exclamó su mamá.

—Lo hice para demostrarte mi amor —anunció Dora, dándole un beso y un abrazo.

Esto es divertido, pensó.

A lo largo del día, se esforzó por animar a otros. Fue muy divertido observar sus reacciones de asombro, al igual que su mamá había reaccionado esa mañana. Todo ello la hizo reflexionar en los efectos de su amabilidad y disposición alegre. *No había caído en la cuenta del efecto que mis acciones tienen en los demás, pensó.*

Aquella noche se acostó aún más temprano. Tenía muchas ganas de visitar el jardín y descubrir el resultado de sus acciones. Cerró los ojos con fuerza e intentó por todos los medios quedarse dormida. Pero por mucho que lo intentase, no lograba conciliar el sueño. Entonces volvió a escuchar la misteriosa voz: «Jesús puede llevarte al jardín si así lo deseas. Lo único que debes hacer es pedir.»



Dora oró de inmediato: «Querido Jesús, llévame de vuelta al jardín. ¡Por favor!»

Una sensación de tranquilidad recorrió su cuerpo. Sentía que alguien la mecía con suavidad. Se relajó y cerró los ojos. Al abrirlos, se encontró sentada en un columpio en un rincón del jardín, justo en frente de la rosa.

—¡Hola, Dora!

La rosa le hacía señas con una hoja para que se acercara.

—Hola.

—¡Mira! —Exclamó la rosa—. La maleza ha desaparecido y ya no me sofoca. ¡Me siento muy feliz!

Dora sonrió. La flor tenía razón. La maleza que crecía alrededor del rosal había desaparecido. Pero al observar el resto del jardín, vio que seguía en el mismo estado que antes.

—Pensé que si me portaba bien, el jardín volvería a ser tan bello como antes. Pero no es así —comentó, un poco decepcionada.

—No te preocupes —la animó la rosa—. Debes entender que pasó mucho tiempo antes que el jardín terminara en esta condición. Tomará un poco de tiempo ponerlo bonito otra vez. ¡No te desanimes! Esmérate por realizar progresos todos los días.

—¿De qué manera puedo acelerar el proceso? —preguntó Dora.

—Ahora que lo mencionas, hay algo que puedes hacer. La dureza de la tierra dificulta la tarea de retirar las malas hierbas. Podríamos suavizar la tierra con agua.

—Está bien —se animó Dora—. Pero, ¿dónde encuentro agua? La fuente está seca.

—El lugar más indicado para extraer agua es directamente de su nacimiento: la Palabra de Dios —respondió la rosa.

—¿Agua en la Palabra de Dios? —preguntó Dora, rascándose la cabeza.

—Así es, querida —explicó la rosa—. Recuerda que este es el jardín de tu corazón. La única agua que suavizará la tierra de tu corazón es la Palabra de Dios. Si riegas todos los días tu corazón con la Palabra de Dios, la tierra se suavizará y facilitará la tarea de eliminar los hierbajos. La Palabra de Dios también regará las plantas y hará que florezcan de nuevo.



«Así como la lluvia y la nieve descienden del cielo, y no vuelven allá sin regar antes la tierra y hacerla fecundar y germinar para que dé semilla al que siembra y pan al que come, así es también la Palabra que sale de Mi boca: No volverá a Mí vacía, sino que hará lo que Yo deseo y cumplirá con Mis propósitos» (Isaías 55:10-11).



Dora recordó que sus padres le habían regalado una Biblia para niños. Al principio le encantaba leerla todas las noches antes de acostarse a dormir. Sonrió al recordar lo divertido que era ver películas de la Biblia con su papá. Pero se sintió un poco triste al recordar que la última vez que su papá le había sugerido ver una película de la Biblia juntos, ella había puesto mala cara.

Al observar el jardín se dio cuenta que lo que le faltaba era el *agua* de la Palabra. Volvió a sentir entusiasmo por estudiar la Palabra de Dios. Mientras meditaba en ello, despertó en su cama.

Dora miró el reloj. Su mamá aún no había terminado de preparar el desayuno. Tenía un poco de tiempo. *Qué bien*, pensó. *Necesito encontrar un poco de agua de inmediato.*

Se levantó rápidamente y encontró su Biblia en el fondo del armario. A su lado había una libreta con los versículos de la Biblia que había memorizado con su mamá. *¡Estupendo! Los repasaré mientras ordeno el cuarto.*

«Tus Palabras [...] eran mi gozo y la alegría de mi corazón»¹. *Eso es lo que significa. La Palabra de Dios me llenará de alegría.*

¹ Jeremías 15:16 (NVI)

Mientras se vestía, estiraba la cama y ordenaba el cuarto, empezó a cantar [una canción](#). Cuando la mamá de Dora anunció que el desayuno estaba servido, se sorprendió al ver que Dora no solo estaba vestida, sino que bailaba alegremente por el cuarto.

—Buenos días, cariño —dijo su mamá—. Estás muy contenta esta mañana.

Dora se detuvo.

—Buenos días, mamá. He repasado los versículos de la Biblia que memorizamos juntas.

—Fantástico —comentó su mamá. Estaba muy impresionada—. Desde luego es una manera estupenda de empezar el día.

—Así es —anunció Dora.

—Mamá, ¿podemos leer juntas algunos relatos de la Biblia, como antes?

—¡Por supuesto que sí! Me encantaría —contestó su mamá—. Ahora, a desayunar o se te hará tarde —anunció dándole un cariñoso apretón en la nariz.

A lo largo del día, Dora buscó distintas maneras de poner en práctica lo que había leído esa mañana. Cada vez que sentía ganas de actuar de manera desamorada o de pronunciar palabras malas o hirientes, recordaba uno de los versículos que había leído esa mañana. *Amémonos*

unos a otros: porque el amor es de Dios², se repetía. Optaba entonces por decir palabras amables.

No fue fácil. Se había acostumbrado a estar de mal genio. Pero aunque era una tarea ardua, y en ocasiones reincidía en el mal genio, observó que con el pasar de las horas, su actitud mejoraba.

Esa tarde, su mamá y ella se acurrucaron en la cama para leer juntas algunos relatos del Nuevo Testamento. Era muy divertido volver a escuchar los milagros y las maravillas que hizo Jesús para ayudar a otros.

—Mamá, yo quiero ser como Jesús —anunció Dora al terminar la lectura—. Tengo ganas de amar y ayudar a los demás.

—Cariño, eso es estupendo —respondió su mamá, dándole un abrazo y un beso—. Estoy muy orgullosa de ti.

Dora se acostó pensando en las palabras de su madre. Se sentía muy feliz. Sabía que estaba cambiando. Al cabo de poco se quedó dormida.

² 1 Juan 4:7

Cuando abrió los ojos, se encontró dando saltitos por uno de los senderos del jardín. Los hierbajos que crecían entre las piedras habían desaparecido. Al observarlas de cerca, se dio cuenta de que las piedras eran de color malva claro. Su color preferido.

—Qué piedras tan hermosas —dijo en voz alta. En ese momento se encontraba frente al rosal, y la rosa respondió:

—Te sorprenderás al descubrir los tesoros que esconden los hierbajos. Mira, de la fuente vuelve a brotar agua —anunció alegremente.

Dora levantó la vista. El agua de la fuente brotaba en todas direcciones. El efecto del agua al caer y salpicar era maravilloso. Parecía estar bailando.

—Vaya —musitó la pequeña, asombrada ante la belleza de la fuente—. Nunca imaginé que sería tan bonito.

Recorrió con la mirada el jardín y se detuvo a considerar lo que aún quedaba por arreglar. *Los bancos necesitan una capa de barniz. Las paredes deben ser reparadas. Aún quedan unas pocas malas hierbas.*

—Dime —preguntó Dora a la rosa—, ¿cuál es la mejor manera de arreglar el resto del jardín? Tengo muchas ganas de descubrir los tesoros que encierra.

—Veamos —musitó la rosa, poniendo una hoja debajo de su barbilla—. Estás demostrando mayor amabilidad y cariño, estás leyendo la Palabra... ¡Ya sé! Podrías preguntarle a la Voz —anunció de manera triunfante.



Dora la miró sorprendida:

—¿Sabes de la Voz que me habla? —Estaba atónita.

La rosa sonrió.

—Por supuesto que sí, cariño. Sé todo sobre ella. La Voz y yo somos grandes amigas.

Dora volvió a despertar de un salto. La alarma estaba sonando. Se encontraba de vuelta en su habitación, acostada. La luz del sol se filtraba por la ventana. *Genial*, murmuró. *Ahora tendré que esperar otro día antes de descubrir el origen de la misteriosa Voz. Me faltó tan poco.* Se sentó en la cama con cara de pocos amigos.

—Ánimate. Ten paciencia —sonó la Voz en su corazón.

—Está bien —asintió Dora.

Se levantó de la cama. Se había propuesto sentirse alegre. Pero no tenía ganas. Recordó las palabras de la rosa sobre preguntarle a la Voz lo que podía hacer. De pronto, volvió a escuchar la Voz: *Si te quedas quieta y en silencio, te susurraré al corazón.*

Eso fue lo que hizo Dora. A lo largo del día se detuvo a escuchar y descubrir lo que decía la Voz. Una y otra vez encontró maneras de ser amable y amorosa con otros, ayudar a quienes lo necesitaban y pronunciar unas palabras de aliento a quienes se sentían desanimados. La Voz le susurraba palabras de aliento y consejos amorosos sobre qué decir, a quién decirlo y quienes precisaban su ayuda.

El día pasó rápidamente. Pronto Dora se encontró acurrucada en su camita. Su mamá le dio un beso de buenas noches y la arropó.

—Que tengas dulces sueños. Buenas noches, cariño —le dijo con dulzura.

Dora rió con anticipación. *Estoy segura que tendré muy buenos sueños*, pensó. *Muy buenos sueños.* Cerró los ojos y se vio de inmediato frente al rosal.

La rosa le sonrió alegremente.

—Mira —dijo, apuntando al lugar donde había estado el viejo columpio.

Al dirigir la mirada, Dora descubrió que el columpio había desaparecido y que en su lugar había uno nuevo. Tenía hermosos cojines y estaba cubierto.

En el columpio estaba sentado un hombre. De inmediato, Dora notó Su amable mirada y Su hermosa sonrisa.

El hombre extendió Su mano y la llamó. Dora se acercó lentamente, muy emocionada por verlo. Posó su mano sobre la de Él, pero no sabía qué decir. Después de un rato, susurró:

—La Voz... era Tuya, ¿verdad, Jesús?

—Así es, Mi querida amiga, soy Yo —anunció, tomando su mano entre las Suyas—. Siéntate a Mi lado y hablaremos de todo lo que deseas. Soy Tu mejor amigo y quiero estar contigo todo el tiempo para ayudarte y hacerte feliz.

—Querido Jesús —era lo único que atinaba a decir Dora. Lo abrazó con fuerza.

—Mira tu jardín, Dora —dijo Él con un brillo en la mirada.

Dora recorrió el jardín con la mirada y se alegró al verlo ordenado y limpio. Las malas hierbas habían desaparecido. La muralla estaba reparada, los bancos barnizados y numerosas flores de distintos colores brotaban por doquier.

—¡Es hermoso! —Exclamó Dora—. Sencillamente hermoso. ¡Muchas gracias! Lo hiciste todo Tú, ¿verdad, Jesús?

—¿Cómo lo supiste? —sonrió Jesús. Sus ojos brillaban al ver su sorpresa y alegría.

—Me habría tomado mucho tiempo arreglarlo así. Nunca hubiera podido lograrlo tan rápido —respondió ella.

—Tienes razón. Lo limpié porque me agradaste al obedecer Mi voz.

Ahora bien, a fin de mantenerlo así de bonito, tendrás que regarlo, podarlo y limpiarlo todos los días. No olvides solicitar Mi ayuda siempre que la necesites.

—Lo haré, Jesús. Lo prometo —respondió Dora, reposando la cabeza en Su hombro. Nunca se había sentido tan feliz.

Jesús volvió a hablar.

—¿Te gustaría que te cuente una historia? —Dora asintió con la cabeza. Jesús empezó—: Había una vez un jardín...



«Ustedes ya están limpios por la palabra que les he comunicado» (Juan 15:3; NVI).

